

# PERE GIMFERRER

## EL BELVEDERE

Versiones de JAIME SILES

### NOCTURNO

Por los crepúsculos de la muchacha bruna  
la noche de agujas de alacrán  
hace saetas de azafrán,  
amasa harina con la luz de luna.

Enharinada y sobre ninguna  
bandeja esta migaja está:  
reino de aceite y de alquitrán,  
desazón, pizarra con tiza que enluna.

Es del deseo y es la mordedura  
en el cuerpo adolescente, el vals  
de ceniza y de pólvora y de sal:

vientre de bronce abierto en la mitad  
y el abismo con el badajo vertical  
—nada, el sexo, esta desgarradura.

### ATARDECER

El té, lleno de mecanismos,  
y la gramola en la terraza:  
ámbar de un líquido que traza  
huella ninguna en los abismos,

oscuros ojos de prófimos  
acechan, pues, severa caza,  
y el caz del viento los disfraza  
de noche y de té y de exorcismos.

### EL BELVEDERE

A la desnudez del lila  
la luz del véspero le aplica  
con el claror de la granada  
un diamante que quema y no crepita.

La bellota en su misterio  
a la morera se enhermanda:  
sola en el cielo, ya Selene manda  
la cumbre azul del cementerio

donde, en cazas, azul y azul, suave  
se buscan en el envés del escondrijo  
convertido en cúpula de luz,

para que el ojo vea una nave  
en la ribera del cobijo  
azul que se resume en su trasluz.

### DESPEDIDA

Ninguna joya ni agujal  
sobre la mesa de baquelita:  
sólo una noche de antracita,  
sólo lo oscuro con su voz total,

y la viveza de un astro, el anzuelo  
que el estuche de la noche evita;  
a la hora de huir, la cita  
del trueno y del relámpago en el cielo.

Cita de luz y escarabajos  
de oro golpeado en un yunque  
de los escaparates más de moda:

hay que añadir asesinatos  
a la prosodia en uso para que  
todo lo pueda moler la rueda toda.

PLANTO

A la hora de querer morir,  
a la hora del deseo brutal  
de dividir el cuerpo del zorzal  
en una arboleda de satén;

a la hora de herir y hender,  
porque el amor siempre hace daño,  
la violencia, este travesaño  
que quiebra el dulzor de ayer;

a la hora de saber esperar  
el estertor que acabará  
con el espasmo del amor fingido,

plumajes de la piel escarlata,  
presa en las sábanas, el amor dilata  
el simulacro, y es herido,

cuando, turbio, el placer en catarata  
con la amargura de la noche es ido.

PAISAJE

La violencia del ojo  
obsesionado con el día:  
el sol en sílabas unía  
la palabra de la luz con el abrojo.

La luz que quiere y la desdenosa  
en el espectro de la bujía:  
una cámara oscura me guía,  
parpadeante, al blanco de la hoja.

A tientas, todo el verano  
es una raya de escritura.  
El mundo en la claridad se escribe

como la luz sobre la piedra dura.  
La palabra en el papel se obtura,  
en la arquitectura que vive.

ACTO

Un tizne, un monstruo de oro  
en el pomo de laca de la noche:  
hiere un dragón de azufre el lecho  
con la bengala que no para

de sepultar el centelleo: ahora,  
violentamente, el gemido  
de los dos cuerpos en cruz sobre el ara  
donde el goce quemará el sentido.

Un estruendo de resplandores  
en los pabellones incendiados  
de la piel que el placer arrasa:

en los cuerpos largo tiempo entrelazados,  
como en la pira encendida en los trigales,  
la luz dibuja una espada.

VIGILIA

Y no decir más, no poder  
la copa, el casco, aquella cosa  
arrojada a los vidrios, traba umbrosa  
de imágenes inútiles de ayer.

Ni el estallido de ningún jardín  
dirá el color de aquella rosa  
que aplasta en la pupila perezosa  
el triunfo de luz de algún clarín.

¡No poder nunca más ya decir eso,  
no poder ver en el revés  
el temblor claro de la piel,

el labio, el jugo, el vientre, el beso,  
el asalto de los cuerpos, y después  
no poder decir aún todo eso!